# CELESTINO

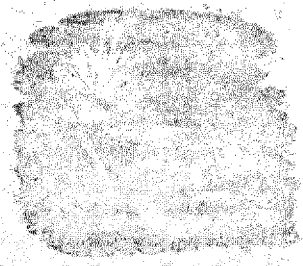
# Y JAVIER,

**Novela escrita en francés por Mery.**

San Fernando: 1857.

Imprenta y Librería Española, á cargo de D. Juan Alvarez, calle Real.

# YANEZ.



Despues del tratado de paz de 1814, todos los prisioneros franceses que se hallaban á bordo del ponton de Kinston en Irlanda fueron puestos en libertad. Casi todos ellos atravesaron al siguiente dia el canal de San Jorge en direccion á Francia. En el corto número de los que no manifestaron la misma precipitacion para regresar á la tierra natal, Dublin ha conservado los nombres de los subtenientes Celestino y Javier, dos huérfanos que por su nacimiento pertenecian mas bien á la mar que á la tierra, y que sin recuerdos de caricias maternales, ni de campanarios de aldea, ni de promesas de casamiento suspendidas por la quinta, hallaron que Dublin era una ciudad que merecia ser habitada como otra cualquiera, y resolvieron fijarse en ella, á lo menos provisionalmente.

Habia ademas una razon mayor que les indujo á fundar en Dublin un modesto establecimiento; en su larga prision habian aprendido la ebanistería, y tenian un museo completo de piezas sueltas representando cada una algun punto de vista al alcance de su cárcel flotante; y ciertamente se hallaron en una posicion magnífica, porque el trabajo de los hombres y de la naturaleza ha prodigado soberbias perspectivas entre Kingston y Du-

blin, hasta el promontorio de Houth-Hill.

Nuestros dos marinos creian tener una fortuna que esplotar mostrando aquel museo á la capital de la Irlanda, y sobre todo provocando la política munificencia de algun rico lord que comprase aquellas preciosidades por una buena suma. Celestino y Javier no tenian un chelin en el bolsillo, pero no habrian vendido su museo por veinte mil libras esterlinas.

Alquilaron pues un entresuelo en la plaza de *Christ-Church* y pusieron esta muestra:

¡GREAT ATRACCION!

¡SE VEN AQUI

TODAS LAS MARAVILLAS DE LA RADA Y DE LA CIUDAD DE DUBLIN!

ESTA FLOR DE LA TIERRA, ESTA PERLA DEL MAR!

ENTRADA: UN CHELIN.

En Inglaterra las esposiciones siempre están concurridas; los ingleses son gente que cambian fácilmente una emocion de dos minutos por un chelin, de modo que habia buenas entradas; Celestino y Javier se hacian grandes ilusiones; en ocho dias habian sacado cien libras esterlinas, y se veian ya millonarios á fines de año, pues tenian la intencion de esplotar todas las principales ciudades de la Inglaterra para entrar despues en Francia en silla de posta con un par de lacayos.

Pero fuese por casualidad ó por envidia, tan hermosos proyectos se desvanecieron.

Un incendio devoró el museo de Celestino y Javier, y aun ellos mismos estuvieron á punto de perecer por querer libertar de las llamas su fortuna. Todo lo perdieron, hasta sus cien libras que estaban en billetes de banco; apenas les quedó en el bolsillo lo suficiente para comprar pan durante quince dias.

Muchas convulsiones de desesperacion han hecho ante el público inglés Kean y Kemble, pero mas hicieron en menos tiempo nuestros dos marinos. En cuanto los labios cadavéricos de Celestino pudieron pronunciar una palabra, esclamó:

—¡Maldita estrella es la nuestra! Saltamos á bordo del *Oriente* en Abukir, nos pescan y nos envian al presidio de Plimout; muy bien, nos escapamos; en Trafalgar zozobramos con el *Infernal*, nos vuelven á pescar y nos envian á Kingston, mejor. Estamos diez años en los pontones; logramos hacer veinte obras maestras con los dedos y los dientes; esta vez tenemos en las manos la fortuna, y hé aquí que el infierno nos envia un poco del fuego de sus calderas para abrasarnos vivos. ¡Maldicion!

Celestino cuando hablaba así, iba pasando el puente de San Stephens; bajo sus pies corria con estrépito el Liffey, considerablemente aumentado por el desbielo de las nieves.

El marino echó una mirada fatal á la corriente, y otra semejante al rostro de Javier.

—¡Te comprendo! dijo Javier; debemos perecer en agua dulce; abracémonos, y adelante con la idea.

—¡El diablo me lleve si retrocedo! dijo Celestino.

Y se lanzó sobre el pretil del puente; Javier dió el mismo salto, y cruzándose allí los brazos sobre el pecho con mucha fuerza, como para mostrar su enérgica resolucion de no nadar al caer en el agua, se precipitaron cabeza abajo en el rio.

El ruido terrible que produjo esta doble caida de dos cuerpos pesados puso en conmocion á una porcion de perros de Terranova que desde hacia poco habian empezado su servicio á la cabeza del puente. Lord O'Colligham, célebre filántropo irlandés, era el fundador de ese cuerpo de guardia de perros salvadores, y justamente aquel dia se estrenaron. Los ágiles animales llegaron al fondo del Liffey al mismo tiempo que Celestino y Javier. Los dos marinos sintieron que les cogian por los faldones unos dientes vigorosos, pero, como su proyecto de suicidio era irrevocable, lucharon con una energía increíble. Hombres y perros subieron de pronto á la superficie de las aguas; el rio echaba espumas con aquellas precipitadas convulsiones de patas, de piés y de brazos. Ya dos

perros, mas adiestrados en el salvamento que los otros, y mas encarnizados con los dos marinos, estaban en peligro de ahogarse por cumplir fielmente su cometido, cuando Celestino y Javier, enternecidos súbitamente en favor de aquellos dos pobres animales agonizantes, los arrastraron consigo á nado hácia la ribera del Liffey y los salvaron de una muerte cierta.

Ellos tambien se salvaron al mismo tiempo, y sin quererlo. La muchedumbre reunida ya admiró á los perros y compadeció á los marinos. El alcalde Edmundo Tacker, anciano de setenta años, echó un corto discurso de circunstancias á los estranjeros salvados de las aguas y los llevó en procesion á la iglesia católica de San Patricio.

Celestino y Javier disfrutaban de las ventajas de una segunda vida. Habian muerto una vez y habian resucitado. Estos dos Lázaros de la marina francesa habian adquirido en Dublin, sobre todo entre el pueblo, una justa celebridad á causa de su suicidio abortado, que anunciaba en ellos un raro valor y una organizacion enérgica. Sin embargo esta fama, conquistada en el rio, era bastante estéril para ellos, pues no le devolvia su museo y con él sus esperanzas de fortuna.

El alcalde les habia dicho:

—Trabajad, hijos mios, ganáos el pan y aun sereis dichosos.

En el fondo el alcalde tenia razon; pero Celestino y Javier habian perdido el hábito del trabajo en los pontones, y aun aquello mismo que habian hecho los afeminó y los dejó impropios para toda tarea un poco fuerte. Despues, de la conjetura á la conviccion habian llegado á persuadirse de que el incendio de su museo no habia sido obra del acaso, sino un crimen combinado por celos ó por venganza en perjuicio de los dos franceses; de modo que en cada transeunte se figuraban ver á su enemigo el incendiario. Estos dos desgraciados, despues de haber intentado suicidarse, y creyendo que ya no tenian ningun otro deber que llenar en la tierra, ni que temer ningun castigo humano, combinaron un plan infernal contra esa ciudad de Dublin que les habia matado por el agua y el fuego.

—Escucha, Javier, decia Celestino; he oido contar á bordo, en mi infancia, la historia de M. Roux, comerciante de Marsella. M. Roux estaba quejoso de los ingleses, lo mismo que nosotros; era un hombre tan rico que prestaba dinero á Luis XVI; no sabia lo que tenia, durante un cuarto de hora habria podido estar poniendo ceros detrás de un 1 sin hacer la cuenta de sus riquezas. Poseia una flota de veinte buques mercantes, y no sé cuantos corsarios. M. Roux, viendo que Luis XVI no se meneaba declaró por sí y

ante sí la guerra á los ingleses. Su carta, anunciando las hostilidades, principiaba de este modo: Yo Roux I á Jorge III. En toda regla. Roux I principió por hacer mucho daño á los ingleses; pero el rey de España y Luis XVI intervinieron entre las dos potencias beligerantes, y se formó un tratado de paz.

—Ya sabia yo esa historia, dijo Javier; pero ¿qué relacion tiene eso con nuestro apuro?

—¿No lo comprendes, amigo mio?

—No por cierto.

—Pues bien; vamos á hacer lo mismo que Roux I. Declaremos la guerra á Dublin.

—A ello.

—Tenemos un antecedente; nuestra posicion es mucho mejor que la de Roux I: nos hallamos en el corazon de nuestro enemigo.

—En sus entrañas.

—Y si nuestro enemigo nos niega las contribuciones de guerra, lo haremos saltar como él nos hizo saltar á nosotros en Abukir; esto es justo, ¿no es verdad, Javier?

—Celestino, al instante aprobé tu plan ayer cuando me lo indicaste sin esplicaciones....

—Voy á dártelas, Javier....

—Yo, por hacer tambien algo, reduzco ese plan á su verdadera espresion moralizándole. Alquilamos un cuarto principal en *Sakeville-street*.

—Sí.

—Armamos en buque el *Sakeville* y nos batimos contra el buque *Dublin*. Será un combate naval en tierra.

—Eso es.

—¿Y cuándo declaramos las hostilidades, amigo Celestino?

—Cuando estén listas nuestras baterías... Hasta mañana.

—Sí, hasta mañana: ya deseo estar de vigilante en el *Sakeville*, anclado entre dos casas; temo marearme en tierra, pues nunca he navegado en el continente. Y tú, ¿qué dices?

—Javier, á todo se acostumbra uno, cuando ya se ha muerto una vez en la vida como nosotros. Escucha, has aprobado mi plan; ahora falta reasumirle en pocas palabras.

—Con nuestras compras al pormenor en Dublin, tenemos un barril de pólvora, primera calidad; hé aquí la base del negocio.

—Adelante.

—Alquilamos un cuarto principal en *Sakeville-street*, entre la casa de correos y la hermosa manufactura de Ricardo Shwab.

—Es una posicion soberbia.

—Sí, porque estamos en el centro del barrio mas rico de Dublin; podemos incendiar toda la correspondencia de la Irlanda, algunos millones de piezas de tela, y de rechazo todo *Sakeville street*, cuerpos y bienes.

—¡Magnífico!

—Mañana por la noche pondremos unos carteles por las esquinas concebido en estos términos:

A LOS HABITANTES DE DUBLIN.

¡Habitantes!

«Los dos marinos ahogados y salvados en «el Liffey declaran la guerra á la ciudad de «Dublin.

«Viven en *Sakeville-stréet*, núm. 27, entre «la casa de correos y la manufactura de Ri«cardo Shwab.

«En su cuarto tienen un barril con doscien«tas libras de pólvora, dispuesto á saltar en «los casos siguientes:

«1.° Si los hombres de la policía hacen «la menor tentativa para entrar en el cuarto «de la pólvora;

«2.° Si prenden á uno de los dos marinos, «al que se pasee por Dublin, cuando el otro «tenga la mecha encendida sobre el barril;

«3.° Si no se dan á los dos marinos todas «las cosas necesarias para su existencia, y «para sus diversiones, cuando lo deseen;

«4.° Si los vecinos se separan de sus casas «como para aislarlos, amenazándoles así con «algun atentado de la policía.

«5.° Los dos marinos prometen bajo pala-

«bra de honor el proteger de dia y noche «la ciudad y las propiedades de los habitan- «tes de Dublin, siempre que los habitantes «de Dublin se porten bien con estos dos in- «fortunados, bien conocidos por su honradez «en la capital de la Irlanda.

«6.° Uno de los dos marinos se paseará «todos los dias por Dublin de las doce á las «cinco; todos los ciudadanos cuidarán de él, «y si á las cinco y media no ha vuelto á «su casa, su compañero deja caer la mecha «sobre el barril, y *Sakeville* salta como saltó «el *Oriente* en Abukir.

«Firmado: CELESTINO y JAVIER.»

Cuando se tomaron estas disposiciones, y se calcularon las cosas hábilmente, Javier salió de noche con unas cien copias de esta proclama, y las fué pegando por las esquinas. Al amanecer, el alcalde recibió una carta de los dos amigos, en que le decian que pasase al instante á verlos, en interés de la ciudad de Dublin.

A aquellas horas, Dublin no tenia aun los ojos bastante abiertos para ver la proclama de los dos marinos.

El alcalde, que sabia que aquellos dos pícaros franceses eran capaces de todas las locuras, olvidó su categoría y se presentó á verlos; ellos le recibieron en el cuarto de la pólvora con mucha cortesía.

Celestino le presentó un asiento, y le dijo:

—Señor alcalde, podeis leer esta proclama que hemos pegado esta noche en todas las esquinas de Dublin.

El alcalde miró á Celestino, tomó el papel, se puso sus anteojos, y comenzó á leer dando un salto á cada artículo.

—Señor alcalde, dijo Celestino; ahora ya sabeis nuestro asunto tan bien como nosotros; teneis delante una santa bárbara.... un volcan de bolsillo.... no hay que tener miedo, y sobre todo cuidado con gritar.... pues al menor grito, señor alcalde, saltamos todos por encima de las torres de San Patricio. Mirad á Javier como acerca la mecha.... una mecha que está siempre encendida, señor alcalde: es el fuego de Vesta. Unicamente las vestales han cambiado de sexo; ¿qué os parece la idea?

El viejo magistrado, petrificado de sorpresa y de espanto, miraba el círculo amenazante y negro, incrustado en el suelo del cuarto.

Celestino tomó un puñado de pólvora y enseñándosela al alcalde, le dijo:

—Aquí la teneis, de superior calidad; juzgad pues lo que vale nuestro Vesuvio doméstico. Llevaos este puñado para que la analicen vuestros químicos, y os dirán si es buena. Ahora podeis retiraros, señor alcalde.

El anciano se levantó sin atreverse á manifestar en su fisonomía el menor sentimiento que pudiese herir á aquellos terribles ene-

migos, y sin pronunciar una sola palabra, pues no podia desplegar los labios sino para condenar el bárbaro proyecto de los dos marinos.

Celestino y Javier le acompañaron hasta la escalera, el uno obligándole á que se llevara la muestra de la pólvora en una cajita, y el otro presentándole la mecha encendida como un centinela presenta las armas á su gefe.

Algunas horas despues era muy fácil ver que la proclama habia producido su efecto. Alrededor del monumento de Nelson y á la puerta de la casa de correos, la muchedumbre de todos los dias se hallaba reducida a algunos grupos inquietos. Los agentes de policía inundaban *Sakeville*, pero sin afectar en su actitud intenciones amenazadoras.

A lo lejos se descubria al alcalde parado fuera del alcance de la erupcion y que parecia recomendar con sus ademanes la mayor prudencia á todo el mundo.

A las doce, Celestino, con el trage que llevaba en el pontón, y la escarapela francesa en el sombrero, salió atrevidamente de su casa, y cuando se halló en medio de *Sakeville*, que es una calle de una anchura inmensa, se volvió para saludar á Javier que se mostró un instante á la ventana con su mecha encendida en la mano.

Celestino se fué derecho al alcalde, y le dijo:

—Esto marcha bien; Dublin se portará como es debido, y puede contar con nuestra gratitud.

—Caballero, dijo el alcalde, el servicio de correos está interrumpido; las tiendas no se abren en *Sakeville-street*, con que ya veis si la gente está inquieta.

—¿Y por qué se apuran, señor alcalde? Nuestras intenciones no pueden ser mejores. Cuando debieron inquietarse fué cuado una mano criminal incendió nuestro museo, y nos dejó reducidos á la miseria. Hoy, que Dublin cumpla con su deber, y todo irá á las mil maravillas. Voy á pedir que nos lleven de almorzar en la fonda de Greamesh, la primera fonda del mundo. Señor alcalde, inútil es decir, que al primer dolor de estómago que sintamos, os acusamos de envenenamiento, y *Sakeville* salta en cien millones de añicos. Todo esta previsto, señor alcalde, hasta la tentativa de envenenamiento.

—No tengais miedo....

—¡Miedo! quién ha de tenerlo en Dublin; ¿os burlais de nosotros?.... Desde mi nacimiento á bordo del *Indio*, he pasado mi vida en morir; he visto el infierno cinco ó seis veces, tan claro como os veo.

—Pero, caballero, añadió el alcalde con una voz dulce y persuasiva, renunciad á esa abominable locura....

—Señor alcalde, no añadais una palabra

mas, ó hago una señal y saltamos todos por encima de las nubes.

Y despues, dirigiéndose á la muchedumbre que le rodeaba, el marino añadió:

—Señores, os mando que os retireis; necesito tomar un poco el aire, dejadme solo.

En un abrir y cerrar de ojos el alcalde y la muchedumbre desaparecieron.

Celestino sintió un justo sentimiento de orgullo viendo con cuanta facilidad una de sus palabras dejaba consternado al pueblo de Dublin. Con paso magestuoso se encaminó hácia la fonda de Greadmesh, y pidió con voz marítima que le sacasen un buen almuerzo.

Todos los criados de ambos sexos, con el land-lord á la cabeza, corrieron á las órdenes de Celestino; le pusieron treinta platos en la mesa con botellas de vino de Oporto, de Sherry y de Jerez.

Concluido el almuerzo, tomó varios platos escogidos, los puso en una cesta, y llamando al land-lord, le dijo:

—Esto es para mi hermano Javier; ahora todo lo que ha sobrado se lo dareis á esos grupos de pobres mujeres que han presenciado mi almuerzo por esas ventanas.

El land-lord se inclinó haciendo un espresivo ademan de obediencia á las voluntades del barril de pólvora vecino, representado por el marino francés.

Celestino hizo la señal convenida antes de abrir la puerta del cuarto volcánico, y Javier acercó la mecha encendida al barril de pólvora. Celestino cerró la puerta, y puso las provisiones sobre la mesa.

—Dame un buen apreton de manos, Javier, dijo al sentarse; todo va bien; la máquina está bien arreglada; Dublin es nuestro... ¡Qué almuerzo acabo de devorar en casa de Greamesh! ¡qué vinos! ¡qué mozos tan serviciales y tan buenos! Almuerza, almuerza tú tambien, amigo mio, la comida he dicho que esté lista á las siete.

—¿Y el alcalde? dijo Javier cortando un trozo de jamon que daba envidia el verlo.

—El alcalde tiene miedo; nos conoce lo mismo que todo Dublin, Javier; sabe que somos gente dispuesta á cumplir la amenaza. La policía no sabe qué hacer; busca un espediente, pero no lo encuentra. Al entrar he visto un caballero que ha venido á mí para decirme:

—En nombre de Dios, capitan, no olvideis el entrar en casa á las cinco.

—Y eso qué os importa? le pregunté.

—Soy Ricardo Shwab, vuestro vecino.

—¡Ah! está muy bien; no tengais cuidado, andaré con tiento; pero es preciso que Dublin se porte bien.

M. Ricardo me contestó que Dublin se portaria divinamente.

—Ya lo creo, esclamó Javier; si Dublin nos incomoda le enviaremos á pasear por la luna.

—¡Oh! de eso está él bien convencido. Verdaderamente estoy gozoso al ver el lisonjero porvenir que tenemos en perspectiva. Tengo cien proyectos en la cabeza.... Primeramente, quiero pedir en matrimonio á la hija de Ricardo Shwab, nuestro vecino.

—Celestino, ¿qué dices?

—Y tambien tú debes casarte; tu futura es la hija de M. Greamesh, una rubia encantadora con doce mil libras de renta.

—¿Y qué nos importa eso, Celestino? Nos hemos encerrado aquí para toda la vida; ¿cómo habiamos de disfrutar de la dote?

—¿Quién sabe lo que el cielo nos reserva? Tomemos la dote si podemos; mañana pido á miss Greamesh para tí.

—¿Y si no quieren?

—Saltamos.... esta es la respuesta soberana.... No saltaremos mas que una vez... Mañana voy á mandar amueblar de todo lujo dos alcobas nupciales. Tendremos unas bodas soberbias.

—¿En dónde?

—En los magníficos salones de M. Greamesh; tú irás primero, y luego yo; es preciso que uno de los dos esté siempre con la mecha encendida junto al volcan. Convidaremos á nuestras bodas á todo lo mejor-

cito de Dublin; bailaremos hasta el amanecer; devoraremos en la comida y el baile cien mil francos.

—¿Y quién pagará?

—¿Quién ha de ser? Shwab y Greamesh, nuestros futuros suegros.

—Muy justo, Celestino; pero despues, ¿cómo acabarán todas las bromas?

—Quizás no se acabarán nunca, no veo la necesidad de que se acaben. Esto principiará todos los dias.... hasta tengo el proyecto de que me nombren alcalde de Dublin y á ti prefecto del departamento de la Irlanda.

—Mientras damos ese vuelo fabuloso á nuestra ambicion, comencemos por cosas menores; casémonos, y cuando tengamos hijos los estableceremos como es debido en los tres reinos.

Esta conversacion fué interrumpida por un estrépito de música inglesa que resonó en Sakeville-street.

Celestino abrió y cerró la puerta, siempre con las precauciones de costumbre, y bajó á la calle donde encontró al momento á su vecino Ricardo que parecia seguir todos sus movimientos.

—¿Qué es eso? preguntó vivamente Celestino á M. Ricardo.

—Ese es el festival de Dublin que pasa, respondió con urbanidad M. Ricardo.

—¿Y á dónde va ese festival?

—A Town-Hall.

—¿Y qué va á hacer allí esa música de condenados?

—Va á acompañar á trescientos coristas que cantarán el Great-God y la Creacion de Handel.

—M. Ricardo Shwab, ya podeis ir á decir á ese festival que á mí me gusta mucho la música, y que quiero oir el Great-God y la Creacion esta tarde aquí, bajo mis ventanas.

—Capitan, dijo M. Ricardo, trataremos de arreglar eso....

—¡Cómo! ¿vacilais?

—No, no; nada es mas fácil; voy á prevenir al alcalde, y os traeremos aquí el festival.

Celestino volvió á su cuarto y anunció á Javier el concierto que habia mandado traer á M. Ricardo.

—Magnífico triunfo, le dijo, si tenemos ese ejército de músicos.

Y se puso á la ventana para oir el festival.

Una hora antes de ponerse el sol se vió llegar por la estremidad de la calle á M. Ricardo que servia de vanguardia al festival. El ejército de ejecutantes desfiló por Sakeville, la mas larga de todas las calles del universo, y se colocó en batalla delante de la casa de correos.

El concierto empezó por una sinfonía; cada músico, segun costumbre, tocó su tema favorito, con esa noble independencia que ca-

racteriza al artista inglés. Despues trescientas garras se precipitaron sobre Handel; haciéndole añicos de un modo que daba lástima.

Celestino, desde lo alto de su ventana, dió gracias á los coristas y á los músicos, y en su munificencia de rey, ordenó á Greamesh que diera de beber á toda aquella gente.

Greamesh se inclinó en señal de obediencia.

Sin embargo se pudo notar que Greamesh se hizo mucha violencia para no dejar escapar un grito de violenta desesperacion.

A eso de las nueve, como la noche estaba muy sombría, Celestino no pudo resistir al deseo de salir un poco, aunque de incógnito, para oir las conversaciones que habia sobre ellos en los paseos públicos.

En Fenix Park habia un inmenso gentío. El marino se deslizó tenebrosamente entre los grupos y pudo satisfacer su curiosidad. No se hablaba mas que de los franceses que habian puesto á Dublin en estado de sitio.

Los obreros de Ricardo Shwab, los empleados de correos, y los concurrentes á la fonda de Greamesh, que estaban mas interesados que los otros habitantes de Dublin en el asunto, se hacian notar por sus palabras violentas.

—No es justo, se decia en ese grupo, que dos ó tres personas ricas paguen por toda la ciudad. La locura del festival le cuesta á M. Greamesh doscientas libras.

Otras voces decian:

—Si los caprichos de los dos marinos se prolongan Greamesh y Ricardo se quedan arruinados en una semana.

—Es muy cierto.

—¿Y qué se ha de hacer?

—Ayer se escribió al gobierno.

—Enviará tropas.

—¡Bastante caso harán ellos de la fuerza armada!

—Lo peor es que se forma en Dublin un partido en favor de esos dos marinos.

—¡Un partido!

—Si, los pobres están por ellos; esta noche los músicos, borrachos de cerveza, gritaban: Hourra for Celestin, y quien pagaba era M. Greamesh!....

—Esto no puede continuar así.

—No, de ningun modo.

—Oid, oid, los coristas del festival pasan cantando una cancion en honor de los dos marinos.

La muchedumbre echó á correr hácia la procesion que atravesaba Fenix Park. Celestino se volvió y se encontró cara á cara con M. Ricardo.

—¡Ah! no os pierdo de vista, le dijo M. Ricardo en voz muy baja.

—Cuidado, M. Ricardo; no querais ser mi ángel guardian, cuidado.

—Capitan, volveos á casa, ya es tarde;

vuestro amigo podria hacer algo malo.

=¡Oh! ya le he dado mis instrucciones.... A propósito, M. Ricardo, tenemos que hablar como buenos vecinos.

=Capitan, me alegraré si puedo daros un buen consejo.

=Sí, andando me lo dareis.... ¿Sabeis que tengo ganas de casarme?

=Pero, capitan....

—Ya comprendeis, M. Ricardo, que no siempre Javier y yo podemos vivir solos; tenemos nuestros deberes sociales como los demas hombres....

—Pues bien, si teneis en el corazon algun amorcillo de la juventud....

—No, M. Ricardo, no, ademas aquellos amores son muy pobres; hoy tenemos otros deseos, somos mas ambiciosos. El bello sexo en Dublin es admirable, de modo que ya hemos escogido nuestras futuras.

—¿Habeis escogido ya? dijo M. Ricardo con una voz abogada.

—Sí, tenemos dos en perspectiva. ¿Creeis que las familias no se opondrán á ello?

—¿Y porqué se habian de oponer? dijo el vecino con voz trémula; ¿no sois unos jóvenes honrados?

—Eso es lo que decimos nosotros.

M. Ricardo se puso meditabundo, y despues de haber guardado algun tiempo el silencio, dijo á Celestino:

—Capitan, os he anunciado un consejo de amigo, y voy á daroslo.

—Hablad.

—La vida que os preparais seria intolerable; Dublin os debe una reparacion y os la dará; yo respondo de ello. La sociedad de Seguros, M. Greamesh, la administracion de correos y yo, haremos un sacrificio; os enriqueceremos de una vez, y os pondremos en el camino de Francia con doscientos mil francos en vuestra cartera y la libertad.

Celestino se detuvo y fijó sus ojos en los ojos de M. Ricardo.

—Vecino mio, dijo despues de una larga pausa, cuando tengamos esa fortuna en nuestra cartera, y cuando nuestra mecha esté apagada, nos ahorcarán como á un par de tontos.

—¡Oh! esclamó M. Ricardo, no temais nada; cien notables de Dublin, con el alcalde á la cabeza, y yo, juraremos sobre la Biblia que no se os hará ninguna violencia, y que se os permitirá regresar libremente á vuestro pais.

—Esto pide alguna reflexion, vecino.... oidme, la transaccion será esta: dareis doscientos mil francos á mi amigo Javier, que se marchará, y yo esperaré en Dublin á que llegue á Francia, sin abandonar un momento el barril de pólvora. De este modo no habrá mas que un ahorcado, el otro será dichoso.

—No se ahorcará á ninguno.

—¿Aceptais mi proposicion, vecino?

—Sí.

—Pues bien, yo acepto la vuestra. Arreglad el asunto inmediatamente.

—Pronto estará arreglado, capitan; el suelo arde; al amanecer os espero en casa de Greamesh.

—Buenas noches, vecino.

—Buenas noches, capitan; me vereis antes de que salga el sol.

Celestino cayó bien luego en los brazos de su amigo, le contó su entrevista con M. Ricardo, y ambos se pusieron á bailar de alegria.

Al amanecer los cien notables, los doscientos mil francos, el alcalde y la Biblia estaban en la casa de Celestino; Javier bajó, recibió el juramento y los billetes de banco, y salió para Kingston en la silla de posta de M. Ricardo.

Celestino se quedó guardando el volcan.

Javier, al llegar á Calais, escribió una carta á su amigo diciéndole que le esperaba con los ojos fijos en la Mancha. Celestino salió atrevidamente con la carta de Javier en una mano y en la otra la mecha apagada. El pueblo le acompañó al camino de Kingston á los gritos mil veces repetidos de *¡Hourra for Celestin!*

En este momento Javier y Celestino viven en el sitio mas fértil del departamento de las

**Bocas del Ródano, son miembros de la sociedad de Agricultura y los primeros agrónomos del mediodia de la Francia.**